

Alfonso Comín

20 años después

En 1979 dijo adiós pero su ejemplo sigue vigente con una fuerza inaudita. Su hijo Toni Comín, su amigo J.A. González Casanova y dos colaboradores más, Francisco Martínez Hoyos y Laurentino Vélez, rinden homenaje al símbolo vivo que fue y sigue siendo. Añadimos también un texto de Alfonso, sin título, que hemos encontrado en el archivo y que no llegó a publicarse en su día no sabemos por qué

Amor sin tregua

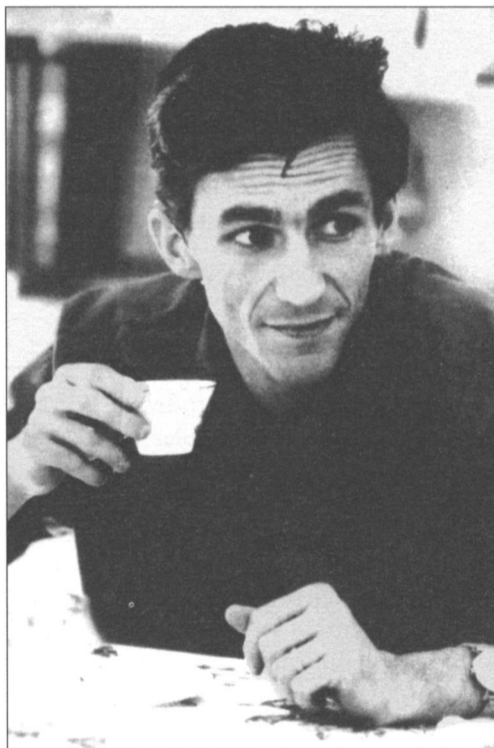
TONI COMÍN I OLIVERES

LICENCIADO EN C. POLÍTICAS Y FILOSOFÍA

Conmemoramos este año el veinte aniversario de la muerte de mi padre, y es impresionante ver hasta qué punto su huella sigue intacta en el corazón –más profundo que la memoria– de muchos de aquellos que lo conocieron de cerca y de no tan cerca. Ni que se cumplan veinte años, ni treinta ni cincuenta, yo, un hijo suyo, no debería escribir sobre él. Pero *El Ciervo* fue su casa: una de sus más queridas aventuras colectivas de juventud, a la que se mantuvo fiel toda su vida. Sólo por esto, y porque la revista ahora también es un poquito mi casa, por una vez hago una excepción, no sé si para bien o para mal.

¿Qué pasa con Alfonso Comín, que dejó una marca tan profunda? Cuando más de una vez algún amigo mío me ha hecho una pregunta semejante, de entrada siempre me he quedado mudo. Sin embargo, ahora me atrevo a decir algo que parece lógico, pero que en aquellas ocasiones nunca alcancé a responder: si tanto marcó es porque, ciertamente, había en él alguna cosa que resiste el paso del tiempo, algo eterno. No, no voy a hacer un homenaje, que no están los hijos para hacer homenajes a sus padres. Los hijos están, acaso, para heredar sus causas, cuando estas causas son justas. Y las de Alfonso, todos lo sabemos, lo eran, porque las suyas eran las causas de la justicia, la liberación de los pobres y de los explotados, de la solidaridad con las víctimas y los marginados, de la lucha por la fraternidad y por el calor humano.

Lo único que me gustaría hacer es contestar aquella pregunta. Son muchos, centenares, miles, los que han luchado por la causa de la justicia, en momentos y en lugares parecidos a los que enmarcaron la vida



de mi padre. Pero, sin embargo, pocos son los casos en que el recuerdo tiene una fuerza semejante. ¿Qué cosa distinta tenía Alfonso que lo hace tan perdurable en la memoria de todos, aparte de aquellos profundos ojos azules, aquellos ojos cuya infatigable e insobornable capacidad para el entusiasmo eran, al irónico pero admirado decir de Manolo Vázquez Montalbán, responsables de una parte nada desdeñable de su capacidad para fascinar? Siempre me he sorprendido de que, al hablar de él, la gente, los amigos, en general siempre se han atrevido a utilizar sin pudor las palabras ya gastadas: fraternidad, compromiso, justicia... Como si al aplicárselas a él recobraran su significado, y dejaran de referirse a huecas intenciones o vagos ideales, para describir

realidades vividas y tangibles.

¿Qué pasa, pues, con él? Diría esto: muchos son los que han luchado, pero pocos como Alfonso supieron transmitir hasta qué punto es bella la causa de la justicia. Mi padre era, ante todo, un cristiano que había entendido que la fe en Dios sólo se puede vivir a través del amor a los hombres y mujeres de la tierra. Su fe en Dios era “fe en la tierra”, que se convertía inmediatamente en lucha por la felicidad y la dignidad humanas. Pero cuando la Humanidad está rota, cuando la fraternidad ha sido sacrificada por la explotación y la injusticia, el amor a la Humanidad no puede ser otra cosa que tomar partido por los desfavorecidos y ponerse a su lado. Creo que por esto supo transmitir tan bien cuán bella es esta causa, la de la justicia: porque era como si él hubiera estado en permanente contacto con la fuerza de la que nace, transparentándola siempre. Esta fuerza es el amor, y el amor siempre es bello.

ESPERANZA SIN LÍMITE

Cuando uno lucha por amor, su lucha no merece la pena sólo en caso de que se obtenga la victoria. Porque, cuando uno lucha por amor, el motor de la lucha no es la promesa de vencer, sino la justicia de la causa. Aun así, el amor quiere ganar, busca la eficacia, precisamente porque elige causas justas, y las causas justas merecen ser ganadas. Pero la victoria no es la recompensa de esta lucha, puesto que el amor no necesita recompensas: el amor es lo único que se premia siempre a sí mismo. Cuando la victoria no se alcanza, quien lucha por amor sufre –“el hombre que ama es, por esencia, un ser que sufre”, dice una conocida frase suya–. Pero no queda preso de la

frustración. Porque la frustración y la amargura sólo tienen la última palabra cuando el compromiso depende de la victoria.

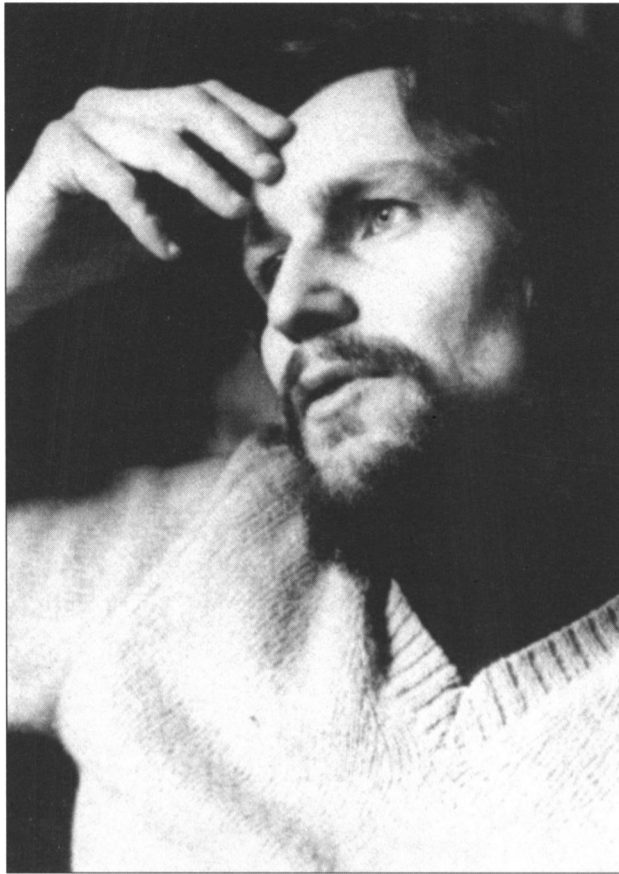
Así, ¿qué pensar ante el recuerdo de una persona como Alfonso Comín? Que la suya era una esperanza más fuerte que cualquier derrota. Un amor sin tregua. Digo esto porque más de una y de dos veces he oído, durante estas dos décadas –pero sobre todo durante los últimos diez, doce años– que las causas de Alfonso han sido arrumbadas por la historia, o que, con el paso del tiempo, han perdido su vigencia. ¿Cómo puede ser, entonces, que su presencia siga tan intensa, si sus causas ya no valen? Lo que sigue indemne al paso del tiempo, dicen estas voces pesimistas, es el espíritu de sus causas, pero no su letra.

El espíritu de sus causas, ya lo hemos dicho, fue el cristianismo y la lucha por amor en favor de la justicia. Y esto todos reconocen que es eterno. Pero la letra de sus causas fue el marxismo. En realidad, la letra fueron muchas letras distintas. Pero es verdad que se podrían resumir, muchas de ellas, en su militancia comunista y en su asunción del marxismo. Y lo que dicen las voces pesimistas es que es ésta, la letra, la que ha perdido su vigencia. ¿Quién piensa hoy en una sociedad sin clases? ¿Quién comparte el “sueño despierto” de Alfonso de un socialismo en libertad?

Sin embargo, si entendemos bien lo que él representaba, al pensar en estas preguntas puede haber lugar para el sufrimiento, pero no para la resignación ni el pesimismo. Porque tampoco la vigencia de la letra –de la “letra socialista”, digamos– depende de que la lucha se haya ganado. La Iglesia oficial está de involución; el capitalismo parece no tener hoy alternativa mejor. Pero la perspectiva de una Iglesia que sea buena noticia de liberación para los pobres de la tierra, y de una sociedad justa, libre y democrática no pierden su vigencia por el hecho de que la historia las aleje del horizonte. Cuando la libertad y la fraternidad son violadas, la única opción posible del amor es seguir luchando.

LA FUERZA DE LA DEBILIDAD

Antes que nada, sin embargo, tenemos que preguntarnos hasta qué punto es cierto que la historia haya derrotado las luchas de un cristiano marxista como él. El amor busca la eficacia, y mi padre tenía la inteligencia y el talento suficientes como para ganar muchas de las batallas que libró. Fue una persona que se propuso metas muy concretas y que las alcanzó. Como ha explicado Quim Sempere en un hermoso artícu-



Cuando uno lucha por amor,
el motor de la lucha no es la
promesa de vencer,
sino la justicia de la causa

lo reciente, una de las virtudes de Alfonso fue su capacidad para articular las transformaciones concretas, pragmáticas, a corto plazo, con la reconstrucción de horizontes históricos utópicos, a largo plazo. Su letra se movía, pues, en dos niveles distintos: el de los objetivos del presente, y el de los proyectos de futuro.

¿Cuáles fueron las transformaciones que promovió en el corto plazo? Para contestar, tenemos que pensar en la historia de España de la segunda mitad de este siglo que acaba. ¿Para que sirvió que un cristiano como Comín se hiciera marxista? Sirvió para que los cristianos españoles militaran con normalidad en los partidos de izquierda; y para que los partidos de izquierda incorporaran a los cristianos como una de sus energías espirituales fundamentales y dejaran de ser ateos. Ambas cosas son hoy perfectamente obvias, pero hace cuarenta años parecían todavía imposibles. Y estas dos cosas sirvieron para dejar en evidencia las falsedades en las que se sustentaba un régimen dictatorial como el franquista, y para deslegitimarlo ante una sociedad de tradición católica e impulsar así la llegada de la democracia a España. Esta democracia, tan imperfecta en algunas cosas y que es tan necesario mejorar, considerada en perspectiva histórica, es un logro que nunca agrade-

ceremos bastante quienes ya hemos nacido en ella, y que debemos a miles de personas que lucharon anónimamente, pero que lo hicieron alentadas por referentes emblemáticos, entre los cuales se cuenta Alfonso Comín.

Que un cristiano como él se hiciera marxista sirvió, también, para que los sindicatos de clase tuvieran el papel relevante que hoy tienen en la regulación de la vida social y económica de nuestro país, para que la cultura española rompiera con su mordaza nacional-católica... La lista se podría alargar más pero, en todo caso, lo importante es darse cuenta de que se trata de una lista de “batallas ganadas”. Alfonso encarnó estas transformaciones gracias a su capacidad para ser signo de contradicción allí donde estuviera. Algo relacionado con una virtud que los antiguos hubieran llamado valentía. O con aquello que Mounier, el que fuera la referencia intelectual y política más constante y querida de mi padre, llamaba testimonio, y que tiene que ver con aquella paradoja que conocemos como “la fuerza de la debilidad”. Gracias a ello, pudo enfrentar a la Iglesia con la pérdida de su espíritu evangélico y pobre; y a las instituciones de izquierda, a los partidos comunistas y socialdemócratas, con el abandono, cada uno a su manera, de su proyecto liberador originario.

HABLAR DESDE DIOS

¿Qué pasa, sin embargo, con sus proyectos utópicos? Su apuesta política fue, hasta el momento de su muerte, por un socialismo que fuera más allá de la socialdemocracia, en tanto que siempre consideró que ésta no había roto suficientemente las amarras con las estructuras y las características inaceptables del capitalismo, este sistema que crea riqueza mejor que nadie y la reparte también peor que nadie. Hoy, el nuevo capitalismo triunfante de la globalización parece gozar de mejor salud que nunca. ¿Pone esto en cuestión la vigencia de una opción como la de mi padre, en favor de un socialismo democrático?

De entrada, hay que decir que el fin de los regímenes del Este para él, que fue toda su vida un feroz opositor del “socialismo real” y un amigo y defensor de sus disidentes, siempre había sido esperada como un paso adelante y no un paso atrás en el curso de la historia. Aparte de esto, nadie está autorizado a suponer lo que diría hoy, en un mundo en algunas cosas tan distinto (fin de la guerra fría, revolución tecnológica, etc.) y en otras tan semejante (injusticias económicas y sociales, fractura Norte-Sur, etc.) al que él vivió. Tampoco un hijo suyo.

Sin embargo, su testimonio nos indica que un cristiano consecuente con su fe no puede admitir el capitalismo, ni en su moral ni en sus estructuras. Ya puede Juan Pablo II fichar a Camdessus, el exdirector del FMI, como asesor de su doctrina social. El Papa pretende que se puede separar la moral materialista del capitalismo de su estructura institucional. Pero las cosas no son así. Creo que un cristiano como mi padre, ante el espectáculo de un mundo fracturado en virtud de unas leyes económicas determinadas por la lógica del capitalismo, aplaudiría al obispo Casaldàliga cuando dice: "El capitalismo no triunfará, no puede triunfar". Pero esto sólo se puede decir así, con ira profética, cuando se habla "desde Dios". De hecho, los teólogos de la liberación quizás han sido los continuadores más claros de todo lo que representó Alfonso. ¿Quiénes sino los "cristianos por el socialismo" europeos de los años sesenta y setenta fueron los precursores de esta teología?

Así se entiende la adscripción marxista de mi padre. El marxismo fue, para él, simplemente una herramienta imprescindible para la crítica del capitalismo. Tan sencillo como esto. Todas las tradiciones solidarias

con la emancipación del hombre deben ser asumidas por el cristiano comprometido. Y el marxismo, de entre todas ellas, es una de las fundamentales. No por casualidad, los marxistas cristianos son de los que no se han tenido que arrepentir de nada, porque para ellos —para mi padre, al menos, como tan bien explican sus textos— el marxismo era sólo un método de análisis, no una cosmovisión. Él fue incansable en la tarea de criticar del marxismo lo que había que criticar, para salvar de él lo imprescindible. Pero ¿es que acaso hoy podemos, verdaderamente, prescindir totalmente de él? Creo —perdonen la impertinencia— que mientras haya capitalismo, el marxismo, determinado marxismo, seguirá siendo necesario.

FE EN EL HOMBRE

La "fe en la tierra" propia de Alfonso, su "fe en el hombre" —expresión ésta que él quería tanto— era dar un sí a las posibilidades inscritas en el dinamismo inabarcable de la vida y de la historia. Él compartió esta "fe en el hombre" con muchos otros que no eran cristianos; consideraba, incluso, que él

mismo la había revivificado gracias a estos ejemplos ajenos. Sin embargo, la "fe en el hombre" en su caso se sustentaba en su "fe en Dios". Por esto, siempre rechazó la privatización de la fe y quiso siempre librar sus batallas políticas en nombre de su fe cristiana. Pero al mismo tiempo, denostó siempre cualquier Iglesia que ejerciera su presencia pública desde el poder, y no desde la fuerza de la debilidad. El cristianismo, para él, sólo podía ser "público", pero con la publicidad propia del amor.

El testimonio de mi padre nos reclama a no dejar espacio para la amargura ni para la frustración. La suya era la espera contra toda esperanza de quien, con la lucidez de su inteligencia, sabe que la causa de la justicia no está ni estará nunca completa. Cuando la injusticia no tiene fin, sólo el amor —un amor sin tregua— es capaz de resistirla. Quizás por esto, la esperanza de Alfonso, a pesar de estar llena de momentos de soledad, reconfortaba a quien lo conocía. Porque quien lucha por amor, deja una herencia que pertenece a todos los lugares y a todos los tiempos. Quizás por esto, su presencia es tan fuerte y su ejemplo, eterno. □

Un símbolo vivo y activo

J. A. GONZÁLEZ CASANOVA
CATEDRÁTICO DE DERECHO CONSTITUCIONAL

Alfonso Comín, en su cuarto de siglo de vida pública, se ganó a pulso su reconocida cualidad de símbolo; de un símbolo que sintetizaba, a través de su talante y actividad, los principales valores del combate democratizador contra el franquismo. Su muerte, en plena juventud madura y al inicio del nuevo régimen democrático, vino a confirmar la identidad simbólica de Comín, como la de esos héroes que caen rendidos una vez cumplida su misión.

Pero los símbolos humanos lo son porque no mueren al concluir su obra. En realidad desarrollan su acción más profunda cuando aquélla acaba. Es como si ésta, en su coyuntura histórica pasajera, tan sólo pretendiese crear un molde, grabar una huella, vencedora del tiempo y firme guía para marcar los pasos venideros. Los amigos de Comín podemos evocarle en la intimidad, pero si hacemos pública nuestra memoria de él es por lo que tiene de símbolo vivo y activo, de molde nunca roto, de huella sobre la cual continuar su camino, tal como él mismo hizo al escoger y seguir con fidelidad otras huellas.

La pregunta tan usual: ¿qué haría o diría hoy Alfonso ante esto o aquello? no tiene mucho sentido. Ha de sustituirse por la de

"¿qué hago o digo yo para dar hoy un testimonio como el suyo entonces?". La coyuntura es otra, gracias, en parte, a la acción y al pensamiento de gentes que él simbolizó como pocos. Pero los problemas profundos a los que dedicó su esfuerzo siguen ahí, acrecentados, mientras que muchos, al parecerles anacrónicas y superadas las soluciones que él aportó en su día (y,

La fidelidad que Comín exige,
para ser total, no puede
repetir fórmulas pasadas
irrepetibles

junto a él, tanto combatiente abnegado), se conforman con el olvido o la resignación.

Comín desveló la inagotable capacidad revolucionaria del cristianismo para crear una fraternidad mundial de personas y pueblos libres e iguales frente a la violencia estructural y muy concreta del sistema económico que hoy domina el mundo sin control democrático. Comín vio en el socialismo de inspiración marxista el instrumento teórico y práctico más eficaz para llevar a cabo esa revolución cristiana: un marxismo humanista, antidogmático y abierto a su

propia renovación doctrinal y política. Hay que admitir que la realidad actual de la Iglesia oficial como la de los partidos que aún se consideran de izquierda poco tienen que ver con el símbolo Comín. Y uno se pregunta esta vez: ¿no tendría que haber ahora, en nuestro país, un Alfonso Comín por lo menos?

No vale responder que el cristianismo no le dice ya nada a unas gentes, ateas prácticas por conservadoras; ni que el marxismo humanista ha sido vencido por el "pensamiento único" del capitalismo. Ambas cosas pudieran ser verdad, pero si lo fuesen, entonces más que nunca debería surgir un Alfonso Comín que las rebatiera y combatiera. Para eso está el símbolo, el modelo, la huella que este nombre emblemático nos evoca a todos.

La fidelidad que Comín exige, para ser total, no puede repetir fórmulas pasadas irrepetibles, sino acudir a ese maestro interior que, según él y Mounier, es cada acontecimiento, cada coyuntura histórica, con sus signos del tiempo; y ante ella repetir, eso sí, la actitud, el testimonio y la acción que adoptaron personas como nuestro amigo. Es decir, partir de una fe en la tierra y en el ser humano que junte en una misma empresa de liberación y concordia a todos los hombres y mujeres de buena voluntad del siglo que nace. □